

“ CIVILIZACION Y BARBARIE ” EN LA NOVELA LATINOAMERICANA

I

A partir de 1955 y sobre todo en la primera mitad de los años sesenta, la nueva novela latinoamericana despertó una admiración universal. Muchos críticos coincidían en que, teniendo un nivel superior a la novela contemporánea en Europa Occidental y los Estados Unidos, la novela latinoamericana de entonces era «el hecho más importante del mundo actual¹». Se produjo una multitud de comentarios que, en una primera etapa, interpretaron la originalidad de la novela latinoamericana contemporánea muchas veces como un fenómeno que había surgido de la realidad compleja de los países latinoamericanos casi como por milagro². Sólo en una serie de trabajos más recientes, los críticos han comenzado a indagar las tradiciones históricas de esta explosión literaria. Así resultará posible conocer mejor cómo el surgimiento de la nueva novela latinoamericana es el resultado de un largo proceso histórico muchas veces oscurecido e interrumpido, cuáles son sus tradiciones históricas, en qué reside el secreto del impacto que ejercía sobre sus lectores del mundo entero, y dónde están sus limitaciones.

Con la brevedad que imponen las circunstancias de un congreso, esta ponencia tratará de analizar el concepto del antagonismo entre «Civilización y Barbarie» que, como lema del liberalismo latinoamericano, es un elemento constitutivo de las tradiciones de la novelística latinoamericana, desde Sarmiento³ hasta la actualidad.

1. G. García Márquez, *Una hermosa novela*, en: *Encuentro liberal*, n. 63, 12 de octubre de 1968, p. 8 — Véase también N. Jitrik, *Realismo y antirrealismo*, en: *Actual narrativa latinoamericana*, La Habana, s.a., p. 13.

2. Véase p.e. E. Carballo, *García Márquez y la nueva narrativa colombiana*, en: *Actual narrativa latinoamericana*, La Habana s.a.

3. Véase K. Schwartz, *A New History of Spanish American Fiction*, vol. I, Coral Gables 1972, p. 35.

II

En el subtítulo de su *Facundo* (1845), Sarmiento (1811-1888) formuló el lema del liberalismo latinoamericano: civilización y barbarie. «Barbarie» era para él «...el predominio de la fuerza bruta, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debate⁴», es decir la superestructura de la sociedad feudal heredada de la Colonia, que radica, según Sarmiento, en lo despoblado que está el país, la extensión, el desierto que rodea por todas partes a la Argentina⁵. Por eso «...el proletario argentino adquiere el hábito de vivir lejos de la sociedad y de luchar individualmente contra la naturaleza⁶», reduciéndose su «civilización» a un tipo de vida que «...trae... todas las exterioridades de la barbarie (que Sarmiento considera como una etapa del desarrollo de la humanidad por la cual han pasado en su tiempo todos los pueblos-A.D.). La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal, aislada, reconcentrada; y no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes⁷».

«Civilización» era, por el contrario, lo que ostentaba la vida de las ciudades: «...Los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza en fin, a los pueblos cultos⁸.» En la vida civilizada existen «las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular etc.⁹». «Civilización» es, pues, la sociedad burguesa que anhelaban erigir Sarmiento y los liberales argentinos. Su optimismo era tan grande que Sarmiento creía poder llegar a «la igualdad de clases prometida por la revolución¹⁰». Muy pronto, el triunfo parcial del liberalismo en países como la Argentina y México produjo nuevos antagonismos sociales y, con ellos, una crisis del liberalismo latinoamericano que nadie menos que José Martí expresó en 1882 con las palabras siguientes: «[Los hombres] ...cuando han dejado de ser esclavos de la reyecía, comien-

4. D. F. Sarmiento, *Facundo*, Madrid 1931, p. 19. — Por eso resulta inexacto reducir la contradicción entre Civilización y Barbarie a la contradicción entre el hombre y la naturaleza (véase G. Siebenmann, *Die neuere Literatur Lateinamerikas und ihre Rezeption im deutschen Sprachraum*, Berlin-West 1972, p. 16 s.).

5. Véase *ibid.*, p. 12.

6. *Ibid.*, p. 20.

7. *Ibid.*, p. 26.

8. *Ibid.*, p. 23.

9. *Ibid.*, p. 24.

10. *Ibid.*, p. 77. — Véase también W. Rex Crawford. *El pensamiento latinoamericano de un siglo*, México 1966, p. 50.

zan... a ser esclavos de la libertad... no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa, y sentarse en silla de oro, y vivir todo dorado¹¹» Por eso, el gran cubano exigió en 1890 «...derribar los castillos de pesos de la nueva caballería¹²».

Con respecto al hecho de que, no obstante su triunfo parcial, en ningún país de América Latina las fuerzas liberales lograron liquidar las relaciones feudales, el sociólogo colombiano Fals Borda habla de la revolución «inconclusa». Expresión viva de esta situación es el tipo de relaciones sociales que muchos autores contemporáneos denominan «violencia¹³», es decir precisamente lo que para Sarmiento era el «predominio de la fuerza bruta» en vez de la razón. Debido a la supervivencia de lo feudal en la economía y las relaciones políticas y sociales, el tema de Sarmiento y su modo de analizarlo e interpretarlo desde un punto de vista liberal pudieron convertirse en elementos constitutivos de una tradición literaria perdurable. Por otro lado, la crisis del liberalismo latinoamericano a partir de 1870 y los procesos subsiguientes son la causa de que desde entonces se desarrollan otras tendencias en la literatura e ideología latinoamericanas. Se expresaron en autores como José Hernández, Baldomero Lillo, José Martí, Manuel González Prada y José Carlos Mariátegui para citar sólo algunos ejemplos de los más conocidos. De esta manera, la nueva literatura sale, desde el último tercio del siglo pasado, paulatina pero hasta ahora no definitivamente de los cauces de la tradición indicada.

III

La obra que inicia esta tradición, el *Facundo*, es un inventario de temas y enfoques que la narrativa latinoamericana ha ido desarrollando durante más de un siglo. Los grandes temas que trata, son:

1º El tema del hombre y la naturaleza. Sarmiento anticipa las ideas de autores posteriores diciendo: «...esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime a mi parecer, en el carácter argentino cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra, y puede quizá explicar en parte la indiferencia con que

11. J. Martí, El poema del Niágara, en: *Obras completas*, vol. 7, La Habana, 1963, p. 237 s. y 203.

12. J. Martí, En los Estados Unidos, en: *Obras completas*, vol. 15, La Habana 1964, p. 460.

13. Ya en Sarmiento, «barbarie» y «violencia» son, virtualmente, sinónimos (véase *Facundo*, ed. cit., p. 16: «...la barbarie y la violencia bajaron a Buenos Aires más allá del nivel de las provincias»).

dan y reciben la muerte¹⁴...». Muchos autores han descrito, después de Sarmiento, la naturaleza salvaje y el estoicismo de sus habitantes, analizando, consciente o inconscientemente, rasgos importantes de la socio-sicología latinoamericana.

2º El tema del hombre feudal. Como buen racionalista, Sarmiento considera como «normal» y razonable la vida civilizada de la ciudad. Por consiguiente, la sociedad que lo circunda, es «anormal», y así la muestra, hablando de la «desasociación» que, contradictoriamente, es la «asociación normal de la campaña¹⁵». Muchos escritores han descrito desde una posición semejante esta sociedad «anormal» y las actitudes humanas que produce, pensativos y horrorizados ante su barbaridad. Pero desde Martí, se supera paulatinamente el dogmatismo latente en el lema liberal, porque según él (1891), «no hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza¹⁶».

3º El tema del caudillo que más tarde será el del dictador o, como lo llama Blanco Fombona, la «barbarocracia¹⁷». Para Sarmiento este personaje es la expresión máxima de lo feudal, y por eso pretende «...relevar las costumbres nacionales, sin lo cual es imposible comprender nuestros personajes políticos ni el carácter primordial y americano de la sangrienta lucha que despedaza la República Argentina¹⁸». En la obra de muchos autores posteriores, el caudillo y el dictador, en su «abnormidad» horrible, no son sólo el tema narrativo. Su tratamiento literario motivó muchos de los progresos alcanzados por la novela latinoamericana en su largo camino hacia la modernidad.

Lo que distingue a Sarmiento de casi todos los autores que siguen el camino abierto por él, es el hecho de que escribe el *Facundo* antes de la revolución de mediados del siglo pasado, interpretando su mundo desde un materialismo ingenuo y a veces mecanicista. Cree que es posible realizar el progreso de la «civilización», y por eso tiene una perspectiva fundamentalmente optimista y una visión historicista. Muchos de los autores posteriores o son escépticos o no ven ninguna perspectiva de cambio y progreso. El mismo Sarmiento, después de 1852, reduce la amplitud de su visión social.

IV

Entre los pocos optimistas figuran los mexicanos López Portillo y Rojas (1850-1923) y Rabasa (1856-1930), ambos muy cercanos al

14. D.F. Sarmiento, *op. cit.*, p. 13.

15. *Ibid.*, p. 63.

16. J. Martí, *Nuestra América*, en: *Obras completas*, vol. 6, La Habana 1963, p. 17.

17. Véase K. Schwartz, *op. cit.*, p. 164.

18. D.F. Sarmiento, *op. cit.*, p. 53.

porfiriato y altos funcionarios de Victoriano Huerta cuando la revolución mexicana. Beneficiarios de la revolución burguesa, no ven en sus novelas más conocidas los nuevos antagonismos sociales y presentan la lucha entre «civilización» y «barbarie» con un gran optimismo algo fácil, confiando en que la civilización se imponga de por sí misma. Igualmente optimista resulta *Doña Barbara* (1929), de Gallegos (1884-1969), pero en esta novela el antagonismo entre «civilización» y «barbarie» se ha vuelto puramente espiritual¹⁹. Apoyándose en el concepto de la intrahistoria creado por Unamuno, Gallegos logra producir una vasta síntesis de la historia venezolana con una amplia perspectiva hacia el porvenir. Pero la interpretación de las causas y fuerzas motrices de este devenir histórico es totalmente metafísica porque la realidad histórica condiciona la imposibilidad objetiva de superar este antagonismo por el camino que enseñaba Gallegos como novelista y político. Por eso se había desvanecido la posibilidad de enfocarlo como Sarmiento. Así, *Doña Bárbara*, como promesa esperanzada de la plenitud futura, está envuelta en un halo de irrealidad, poniendo fin a una de las vertientes (la optimista) por las que se desarrolló la novela latinoamericana en la tradición creada por Sarmiento. Novelistas que no se habían beneficiado de la revolución burguesa, comenzaron a dedicarse a una literatura crítica influenciada por el naturalismo francés, o expresaron las nuevas tendencias antifeudales, que comenzaban a perfilarse a principios del siglo xx. Muchos de ellos consideraban la «barbarie» como degeneración de la «civilización» o como algo de por sí decadente y hostil al hombre. Este es el caso en el tratamiento de la naturaleza por Quiroga (1878-1937) y Rivera (1889-1928). Arévalo Martínez (n. 1884), Díaz Rodríguez (1868-1927) y Blanco Fombona (1874-1944) tratan sus temas, sobre todo el oligarca feudal y el dictador, como humanidad degenerada bajo la influencia de determinado ambiente moral o del clima tropical considerado como una especie de catalizador de «barbarie». Azuela (1873-1952) y A. Arguedas (1879-1946) tratan a sus campesinos y latifundistas como productos de una degeneración multiseccular producida por relaciones sociales dadas *a priori*.

Otra vertiente se produce desde el modernismo. A partir de Rodó una parte de la intelectualidad latinoamericana comenzó a invertir la polarización de «civilización» y «barbarie», oponiendo la integridad humana de las sociedades menos desarrolladas a la alienación capitalista visible en los Estados Unidos y otros países. De ahí se desarrolla una línea que culmina en *Don Segundo Sombra*

19. Sobre la motivación de Gallegos, véase K. Schwartz, *op. cit.*, p. 170.

(1926), de Güiraldes (1886-1927) y es cultivada sobre todo como reacción de conservadores cultos contra el progreso del capitalismo.

V

Los últimos decenios se caracterizan por la aceleración del desarrollo capitalista sin que hayan sido liquidados los rezagos del feudalismo en la economía y la superestructura social y política. Debido a este proceso, el conflicto entre «civilización» y «barbarie» se plantea en términos nuevos que traducen el hecho de que la sociedad latinoamericana prácticamente no les ofrece a sus hombres la posibilidad de realizarse como individuos creadores, y hace fracasar temporaria o definitivamente casi toda tentativa de cambios sustanciales. El antagonismo de «civilización» y «barbarie» está integrado, como sustrato histórico, en el conflicto entre lo humano y lo antihumano, como lo ven los autores contemporáneos. Por otro lado, se hacen más intensas las tentativas de orientar la novela latinoamericana en un nuevo sentido.

El reflejo más importante de este proceso es la manera de la cual se maneja el tiempo en la novela latinoamericana moderna, aplicando «fecundaciones» procedentes de la novelística universal (p. e. el concepto de la metarrealidad desarrollado por Kafka y otros autores, etc.). Por un lado hay el tiempo histórico-objetivo que, no condicionando ningún cambio sustancial, resulta circular, por otro el tiempo mítico-subjetivo dentro del cual los hombres buscan su realización y salvación más allá de su ambiente dado, caracterizado por una alienación que la supervivencia de elementos feudales agudiza hasta el extremo. Novelas como *La ciudad y los perros* (1963), *Las buenas conciencias* (1959), y *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) reflejan este conflicto explosivo y la fuerza aplastante del ambiente, a través del manejo del tiempo.

La indagación en la conciencia de los protagonistas propia de la novela latinoamericana moderna produjo también las dos vertientes del realismo mágico que considera las formas prerracionales de la conciencia no como algo «anormal», sino que trata de comprenderlas analizando los resortes que los mueven. En una de ellas el realismo mágico trata de dar retrato auténtico de los protagonistas de la «barbarie» analizando el mecanismo de su pensar, sentir y actuar desde dentro, pero en correlación directa con el ambiente que lo condiciona. Predecesor de este tipo de novela es, en el Brasil, Graciliano Ramos (1892-1953) con *São Bernardo* (1934), y expresión maestra, en el mismo país, *Grande sertão: veredas* (1956),

de Guimarães Rosa (1908-1967). En México, esta vertiente tuvo su máxima expresión en las obras de Rulfo (n. 1918).

En la otra vertiente las novelas tratan de enfocar la realidad latinoamericana a través de la mente de los habitantes de regiones rurales para expresar los sentimientos y anhelos de esta gente cuya conciencia, además, está, sensiblemente influida por tradiciones étnicas. A esta vertiente pertenecen, por ejemplo, *Yawar fiesta* (1941) de J.M. Arguedas (1911-1969), *El reino de este mundo* (1949) de Carpentier (n. 1904), *Hombres de maíz* (1949), y *El papa verde* (1954) de Asturias (1899-1974) e *Hijo de hombre* (1959) de Roa Bastos (n. 1917). En *Los pasos perdidos* (1953) Carpentier reveló claramente la relatividad histórica del estado de conciencia que por lo general retrata el realismo mágico. Con la perspectiva de su superación dialéctica por una conciencia más adecuada a la realidad, Asturias hizo lo mismo en *Los ojos de los enterrados* (1960).

VI

Un contrapunto interesantísimo de Sarmiento es García Márquez (n. 1928). Como en la obra del argentino, en su novela cumbre la soledad es la última causa del devenir histórico de América Latina. Pero ambos autores tienen conceptos filosóficamente distintos acerca de ella. Para Sarmiento es algo material y objetivo, casi el sinónimo de la naturaleza desierta como condición de lo feudal — «callada soledad», dice él²⁰. Para García Márquez, la soledad es una manera de ser espiritual condicionada por la falta de contactos con la civilización²¹, un hecho espiritual y subjetivo, la «negación de la solidaridad²²». Esto significa que, no obstante las múltiples analogías que contienen sus ideas, Sarmiento es un materialista ingenuo, y García Márquez es idealista. Uno parte de lo objetivo, el otro se centra en lo subjetivo.

Semánticamente, García Márquez hace un uso bastante diferenciado de la palabra «soledad». Inserta, para decirlo así, «soledades menores» de varia índole dentro de una «soledad total» que es el elemento constitutivo de todo su cosmos novelístico: José Arcadio Buendía, dotado de una imaginación que «iba más lejos que el

20. D.F. Sarmiento, *op. cit.*, p. 12.

21. Así motiva García Márquez todo el desarrollo de la acción de su novela (véase G. García Márquez, *Cien años de soledad*, 3ª ed. Argentina, Buenos Aires 1967, p. 17).

22. Citado de P. González Bermejo, *Ahora doscientos años de soledad*, en: *Casa de las Américas*, n. 63, 1970, p. 164. — Por eso los Buendía son «locos de nacimiento» (G. García Márquez, *op. cit.*, p. 160). Amaranta «le tuvo siempre a su propio y atormentado corazón... el miedo irracional» (*ibid.*, p. 214), y la causa de las plagas que asolan Macondo, «...es el hombre mismo, el hombre, que hace de su hermano un enemigo» (citado de R. Guillón, *García Márquez o el olvidado arte de contar*, Madrid 1970, p. 56).

ingenio de la naturaleza²³», sale de Macondo para buscar un «contacto con la civilización²⁴», en vez de la que encuentra un galeón español que simboliza el ambiente espiritual, «...un espacio de soledad y de olvido, vedado a los vicios del tiempo²⁵...». La falta de contacto con la civilización, la soledad y «...una eternidad sin mutación posible²⁶...» son, pues, las piedras angulares, sobre las cuales gira todo el acontecer de Macondo.

Desde sus respectivos puntos de vista, así el *Facundo* como *Cien años de soledad* dan imágenes de la totalidad social e histórica de sus respectivos países que ofrecen muchos paralelos, de manera que en García Márquez está «de cabeza» lo que en Sarmiento está «de pie». Este paralelismo a la inversa es tan marcado que en muchos aspectos el *Facundo* puede servir de clave para descifrar *Cien años de soledad*.

Dentro de sus respectivos conceptos, Sarmiento y García Márquez coinciden en que el desarrollo de la «civilización» depende de que «...los hombres estén reunidos en sociedades numerosas²⁷», llegando a la conclusión de que, si esto no es posible, «...la civilización es del todo irrealizable, la barbarie es normal²⁸».

García Márquez parte de la idea de que, por su falta de contacto con la civilización, sus protagonistas son *a priori* incapaces de solidarizarse. Esto es precisamente la «desasociación» de que habla Sarmiento. Si se acepta la idea de García Márquez de que «...las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra²⁹», resulta reveladora la siguiente observación de Sarmiento: «...el hombre dotado eminentemente se esfuerza por producirse y adopta para ello los medios y caminos que encuentre³⁰». Eso es precisamente lo que, dentro del fatum de su soledad, les ocurre a los «locos de nacimiento³¹» que son los Buendía, y resulta lógico que o desarrollen «una imaginación y sabiduría inútiles³²» o caigan bajo el yugo del «...vicio de hacer para deshacer³³». Así, sus enormes capacidades se vuelven «descreadoras» y los llevan a la autodestrucción que desde el principio pesaba sobre ellos. Sarmiento diría que en las condiciones de la «barbarie», «...las grandes dotes naturales van a perderse en el crimen³⁴», y que en vez de una sociedad

23. G. García Márquez, *op. cit.*, p. 9.

24. *Ibid.*, p. 17.

25. *Ibid.*, p. 18.

26. J.A. Castro, *Cien años de soledad o la crisis de la utopía*, en: *Revista de literatura hispanoamericana*, Maracaibo, 1/1, junio-diciembre 1971, p. 103.

27. D.F. Sarmiento, *op. cit.*, p. 30.

28. *Ibid.*, p. 28.

29. G. García Márquez, *op. cit.*, p. 351.

30. D.F. Sarmiento, *op. cit.*, p. 59 s.

31. G. García Márquez, *op. cit.*, p. 160.

32. Véase *ibid.*, p. 343.

33. *Ibid.*, p. 322.

34. D.F. Sarmiento, *op. cit.*, p. 59.

auténtica, los hombres se crean una «sociedad ficticia»³⁵ (como ocurre en *Cien años de soledad* con la parranda interminable que organiza uno de los Buendía). El mismo Sarmiento da ejemplos de la increíble adaptación de las capacidades creadoras de su pueblo a las condiciones del ambiente, que nada tienen que envidiar a las proezas de los Buendía como, por ejemplo, las aventuras del rastreador Calíbar³⁶ y muchas peripecias del mismo Facundo Quiroga.

Estas comparaciones bastan para mostrar que, con toda la contradicción filosófica de sus puntos de partida, ambos autores se mueven dentro de un ideario social común. Todas las diferencias guardadas, las totalidades de *Facundo* y de *Cien años de soledad* son análogas porque ambas obras describen e interpretan una realidad que durante cien años no ha cambiado esencialmente. La diferencia entre ambas obras reside en las conclusiones contrarias de sus autores. Sarmiento interpreta la realidad para cambiarla, y García Márquez quiere decir que «...la historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria siguiendo dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje»³⁷. La oposición no dialéctica del tiempo histórico y de la serie de tiempos personales de la familia Buendía lo llevó a la conclusión de que no hay posibilidad de cambio ni salvación.

De esta manera, el *Facundo* y *Cien años de soledad* son como dos paréntesis entre las cuales se desarrollan las grandezas y desgracias del liberalismo latinoamericano como eje conceptual de una vasta producción novelística. El *Facundo* es como la apertura grandiosa, y *Cien años de soledad* es como el pesimista balance final trágico, pero también grandioso canto del cisne, el coro de las masas plebeyas que ven esfumarse definitivamente todas sus esperanzas de salir de la «barbarie» para llegar hacia la pleintud de la «civilización».

Oponiendo, como la mayoría de los novelistas latinoamericanos contemporáneos, el tiempo personal al histórico, García Márquez crea, en este sentido, una especie de mito o saga del hombre en América Latina que envuelve en una atmósfera de leyendas. Recogiendo el rico caudal legendario de su pueblo crea algo como la nueva leyenda «de los que en vano quisieron realizarse en la soledad». Integrándose en la tradición narrativa de su pueblo campesino y provincial comparte con él tanto el anhelo ferviente de realizarse como el pesimismo histórico a que llegó después de cien años de experiencias históricas, y en los momentos de la agudización y totalización de la crisis social que en la década de los sesenta se aceleraba así en Colombia como en los otros países latinoamericanos. Llega a la

35. *Ibid.*, p. 55.

36. Véase *ibid.*, p. 45 s.

37. G. García Márquez, *op. cit.*, p. 334.

conclusión de que, con cien años de revolución inconclusa a espaldas, *este mundo va irremediablemente hacia el cataclismo.*

El mismo García Márquez se declaró un izquierdista «que no encuentra donde sentarse³⁸». Es posible que en función de esta actitud haya querido anunciar, en su novela, una catástrofe que está acercándose irremediablemente. Pero, no encontrando él «donde sentarse», deja a sus lectores ante la pregunta abierta de si cómo habrá salvación, de qué será de los hombres. Años antes, en *El coronel no tiene quien le escriba*, había vaticinado el choque violento entre el tiempo personal y el histórico³⁹; ahora, en 1967, ve hundirse todo bajo el peso irremediable de los «cien años de soledad».

En este sentido, la novela cumbre de Gabriel García Márquez parece ser, objetiva y cualitativamente un punto final en la trayectoria secular de la corriente novelística latinoamericana que se apoya conceptualmente en el lema liberal de «civilización y barbarie».

A. DESSAU

Universidad de Rostock

38. P.A. Mendoza, *García Márquez en dos tiempos* (II), en: *Oiga*, Lima 22 de septiembre de 1972, n. 493, p. 36.

39. Los cambios semánticos de la palabra «soledad» que se operan durante los años que pasan entre la publicación de ambas novelas, se discuten en: A. Dessau, El tema de la soledad en las novelas de Gabriel García Márquez, en: *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*, Toronto 1970, p. 209-214.